

“Una pesadilla hecha realidad”

Bomberos, policías y miembros del Samur recuerdan la crudeza de las imágenes que presenciaron el 11 de marzo

AGENCIAS. Madrid.

Aquella fatídica mañana del 11 de marzo, muchos fueron los equipos de profesionales que tuvieron que desplegarse para hacer frente a la tragedia que se vivía en Madrid. Un año después de los atentados, estos “héroes de la masacre” relatan sus testimonios.

■ ROSA SUÁREZ, SAMUR

A Rosa Suárez, miembro del Samur, el 11 de marzo de 2004 se le hizo realidad una pesadilla recurrente en la que tenía más heridos de los que se sentía capaz de atender, y aún se sorprende de la respuesta de un equipo que sí estaba entrenado para un gran atentado, pero no de esa magnitud.

“En el momento en que llegué a Atocha, tuve la sensación de que se había cumplido la pesadilla. No éramos suficientes para atender a todas estas personas”, rememora Rosa, encargada de calidad asistencial del Samur.

Rosa y sus compañeros estaban “muy entrenados” para un atentado doble simultáneo, y gracias a eso “se pudo dar una respuesta bastante buena”, explica.

Al principio, “hubo unos momentos de confusión” y desorden en la recepción de los mensajes. Recibían aviso de las explosiones en Atocha cuando ya estaban atendiendo a los heridos en la estación, sin poder ver el tren reventado en Téllez, a 300 metros.

Después, supieron de las explosiones en El Pozo y Santa Eugenia “y nos empezamos a dar cuenta de la magnitud (...) Estábamos aterrizados”, describe. El 11 de marzo, 191 personas murieron en los trenes y unas 1.500 quedaron heridas. Tras vivir la pesadilla, Rosa procura ahora evocar sólo las cosas buenas de aquel día, sobre todo el comportamiento “ejemplar” de las familias destrozadas por los atentados.

“Había en Madrid un ambiente especial, de duelo y de solidaridad que a mí me ha quedado muy marcado”, evoca.

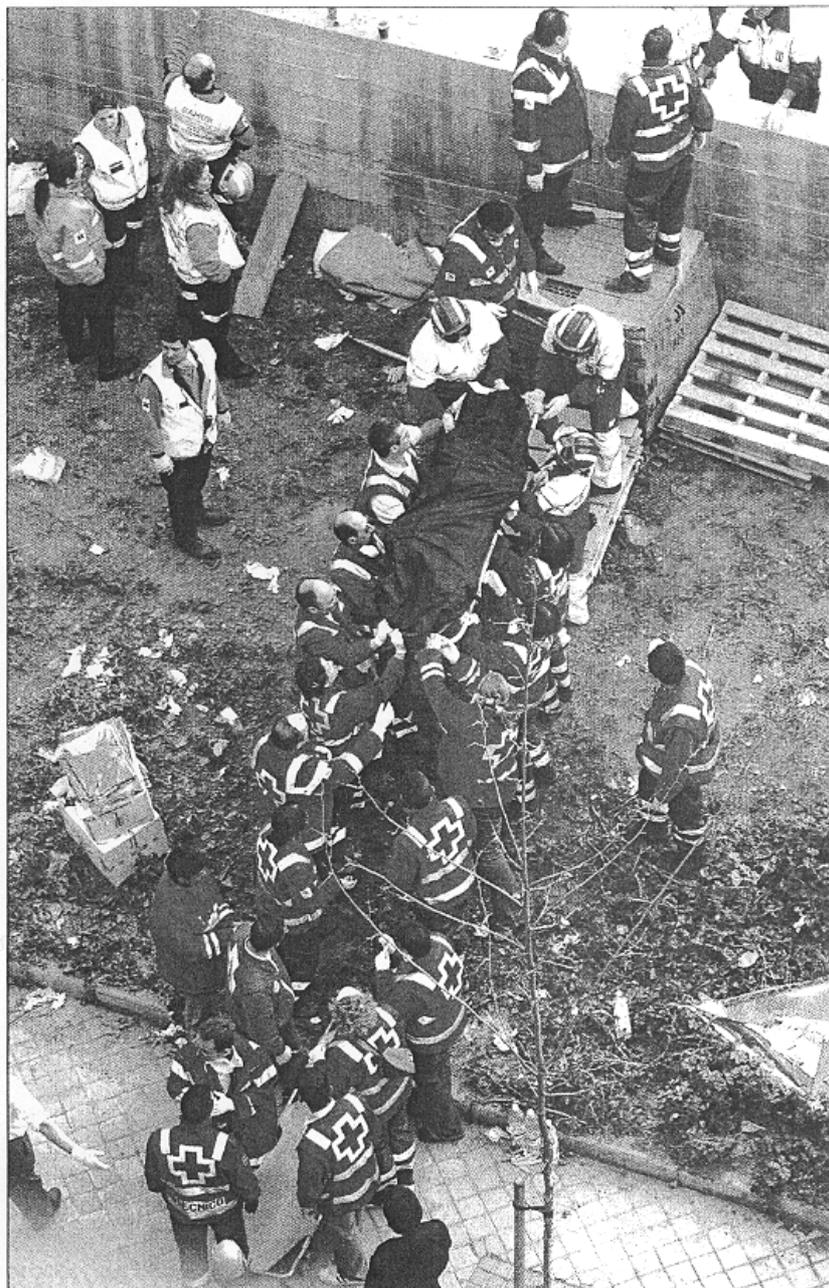
Rosa trabajó en los focos de Atocha y Téllez, primero evacuando a los heridos, después identificando a los muertos, y terminó en el Ifema, donde dio “tantas malas noticias” que prefiere recordar el momento, a las seis de la mañana del día 12, en que pudo anunciar a una familia que su ser querido estaba vivo en un hospital.

La crudeza de los atentados, el “destrozo humano” que presenciaron, horrorizó a los miembros del Samur, que también han tenido que recibir asistencia psicológica, sobre todo aquellos que estuvieron en la retaguardia y se quedaron con la “frustración” de no haber ayudado, explica Rosa.

■ GEMA Y JESÚS, POLICÍA MUNICIPAL

Un año después de los atentados del 11-M, Gema y Jesús, dos de los agentes de la Policía Municipal que entraron en la estación de Atocha poco después de las explosiones, recuerdan ese día con la sensación de que hicieron todo lo posible aunque lamentan no haber podido ayudar más a las víctimas.

“Siempre te queda la pena de no tener cuatro manos y no haber hecho lo suficiente, aunque sabemos que hicimos lo que pu-



Los equipos de emergencia forman una cadena humana para transportar a las víctimas. Foto: Ert

dimos”, señalan Gema y Jesús, que, debido a su entrenamiento y a pesar de lo difícil de los primeros momentos, han afrontado la tragedia sin necesidad de más ayuda psicológica que las charlas con otros compañeros testigos directos del mismo infierno.

Jesús reconoce que le asalta la duda de saber si las personas que ayudó lograron superarlo, “pero lo hecho, hecho está y nosotros pusimos todo lo que pudimos, que es lo que importa”, afirma.

El 11 de marzo a primera hora, Jesús estaba recogiendo su arma junto con un compañero, cuando éste recibió una llamada en la que un familiar le avisó de que se estaban produciendo explosiones en Atocha.

Tras alertar a toda la unidad, Gema y Jesús, junto con otros compañeros, fueron a la estación donde vieron el pánico de la gente y numerosas personas heridas que salían

por su propio pie o ayudados por otros.

Algunos compañeros se quedaron auxiliando a los que salían, mientras ellos entraron en el interior de la estación.

“El paisaje fue desolador y nos dimos cuenta de la magnitud de lo que pasaba. En ese momento la sensación fue de un caos total, se veían amasijos de hierro, los vagones destrozados, muchas víctimas...”, recuerda Jesús, que pasó toda la jornada dentro de la estación evacuando heridos, abriendo paso para los servicios de emergencia a fin de que pudieran entrar las camillas.

■ FERNANDO MUNILLA, BOMBERO

El inspector jefe de Extinción de Incendios de los Bomberos de la Comunidad de Madrid, Fernando Munilla, recuerda la madrugada del 11 de marzo como una guardia “tran-

quila” que terminó en “una desgracia capaz de sobrepasar cualquier experiencia”. “Recuerdo cómo fue ese final de guardia del 10 de marzo. Terminábamos a eso de las 9.00 y estábamos comentando lo tranquila que había sido la noche cuando recibimos una llamada desde Santa Eugenia que avisaba de una explosión”, comentó Munilla, quien aseguró que al llegar al lugar de la masacre vio imágenes “muy difíciles de borrar”.

Al respecto, agregó que aquella mañana la “imperiosa necesidad” del cuerpo de Bomberos era rescatar “personas que aún estaban con vida”, y que para ello utilizaron “todos los recursos que tenían a mano, incluso la imaginación”. “Utilizamos hasta bancos como camillas para evacuar a los heridos en el menor tiempo posible”, señaló. Asimismo, destacó que los bomberos “trabajaron al límite porque había un aviso cierto, por parte de la policía, de nuevas explosiones y, sin embargo, siguieron rescatando personas a pesar de ese aviso”.

■ DOLORES ROLLÉN, PSICÓLOGA

El primer aniversario del 11-M “puede servir para dar un sentido a lo que pasó”. Ésta es la opinión de María Dolores Rollén Fernández, una de las psicólogas del Samur que aquel fatídico jueves estuvo atendiendo a numerosas familias en el improvisado tanatorio que se dispuso en el Campo de las Naciones. “Los aniversarios son momentos álgidos de dolor. (...) Para aquellas que hayan logrado adaptarse a la nueva situación de pérdida, el aniversario puede servir para dar un sentido a lo que pasó. Evidentemente hay nostalgia y dolor, pero no desestabiliza”, comentó Rollén Fernández.

No obstante, aclaró, para aquellas familias que continúen “en una situación de mayor vulnerabilidad”, es un momento de “revictimización” que, si no está bien atendido, “puede seguir ahondando en ese dolor y evitando que el duelo normal se concluya”.

Un año después de que aquellos atentados segaran la vida de 192 personas, esta psicóloga recuerda “escenas de mucha generosidad y altruismo”, a pesar que de la situación era realmente “extrema”, lo que demuestra, según destacó, “cómo el ser humano es capaz

de sacar lo mejor de sí mismo cuando realmente se necesita, cuando hace falta un abrazo, una compañía y alguien que esté escuchando”. Según recordó, los momentos más tensos se vivieron cuando, a la llegada de los familiares a la morgue, la información escaseaba. “No había listas de heridos ni de fallecidos” y la angustia entre los seres queridos que esperaban en IFEMA se convirtió en la principal preocupación de los psicólogos. “Qué ha pasado con mi familia”, era la única pregunta que continuamente les planteaban los afectados.

Al respecto, Rollén Fernández explicó que a medida se se iba recibiendo la información de las personas a las que se las iba ingresando en los hospitales, ésta se iba comunicando a las familias allí congregadas con el objetivo de “no dilatar de forma innecesaria la ansiedad”.